

Enrique Zeballos Antezana



Enrique Zeballos Antezana, poeta, escritor y periodista, nació en Oruro, el 11 de junio de 1891, y falleció en la misma ciudad en 1966. En su actividad intelectual, formó parte del Grupo "Argos", junto a personalidades como José Víctor Zaconeta, Demetrio Canelas, Antonio José de Sainz, Marcos Beltrán Avila, Enrique Condarco y otros escritores más, siendo este colectivo, un impetuoso movimiento que animó la vida cultural de Oruro y de nuestro país en la tercera década de este siglo.

Zeballos Antezana, además de haber sido un ágil periodista en su época, publicó numerosos ensayos y cuentos, habiéndose destacado sobre todo por su libro de pensamientos "Flechas de luz" (1962) y sus libros de poesía "Anfora de Oro" (1927), "Luciérnagas" (1927) y "Voces recónditas" (1965). Escribió además una novela costumbrista "Fiebre", aún inédita.

Su obra ha merecido comentarios de escritores y poetas como Octavio Campero Echazú, Yolanda Bedregal, Raúl Otero Reiche. El crítico literario, Juan Quirós, a propósito de "Flechas de luz" escribió: "En el páramo de la planicie orureña, Enrique Zeballos cultiva su jardín. Sobrio, sentencioso, epigramático. Tiene de pensador y de poeta, y en estilo claro y lúcido entrega esta literatura dosificada -no pequeña sino fina- de fragmentos certeros que revelan la inquietud vivaz de su espíritu. Filosofía selecta".

Libro inédito

He sentido, en el claustro de mi frente,
inquietud de jilguero que aletea.
En su cascada lírica tantea
que el vaivén de sus alas no es potente.

Pero mi numen, de ímpetu creciente
continúa su plácida tarea,
porque el tupido velo que rodea,
rasga el filo del ansia permanente.

Versos míos, reclusas criaturas,
si el libro impreso ve la luz del día,
esa luz busca páginas oscuras.

Encuadrada o no, la poesía,
flota como lumínica sustancia
y los vientos se impregnan de fragancia.

Cigarro, verdugo

Salían madrigales de tu boca.
Me dijiste, chiquilla: "Nunca fumo".

Entre tus labios vi
que se encendió un rubí...
Y se me fue tu nombre con el humo.

Se calla el piano

Se calla el piano. Mis ojos dolidos
miran algún libro que lo tengo abierto.
Pero ausente el arte, mi alma es un desierto
y son mis recuerdos pájaros perdidos.

Escucho un murmullo. No es la voz cordial.
Penumbra, silencio... Ya no leo nada,
o leo y no entiendo, como si mi amada
hubiese signado su punto final.

Diseños de lápiz, bellas pinceladas,
quedan en el lienzo como lagrimones
del alma sencilla cuyas impresiones
las conserva el tiempo por siempre grabadas.

El paño bordado, que cubre el piano,
tiene alma de Schubert con su serenata.
Se queja el teclado por la suerte ingrata
que él hurtó caricias de la noble mano.

Venerable mueble: Silencio ¿hasta cuándo?
Me duele al mirar que vives cerrado.
Murieron los dedos, más quedó el teclado
de querubes blancos que siguen penando.